

INTROITO

Anoche escuché disparos en los alrededores, muy cerca de aquí. Eran disparos, de eso estoy seguro. Procedían de una pistola o un rifle. No es la primera ocasión que los escucho. A veces me parece que explotan en la habitación de al lado. No me sobresaltan: corro a pegar mi rostro a los cristales, a mirar hacia fuera, al horizonte brumoso. ¿Quién es ahora? ¿Quién ha caído?... No temo. He llegado a salir a la terraza y, con cuidado, contemplar las cuatro calles de este lugar, mal iluminadas, generalmente vacías; recorro con la vista los tejados y la montaña y termino en los frutales. Suelen dejar en mí, los disparos, en mis oídos, y más adentro, un retumbar suave, etéreo, deletéreo, como si un leve reguero de pólvora, azufre y carbón flotando en el aire se introdujera con delicadeza en mi alma y se convirtiera allí en una mortal incrustación sonora que me inunda poco a poco.

Como otras veces, anoche también corrí a los cristales, pero no encontré indicios de disparos, ni de nada. En cambio, vi la luna desplazándose velozmente. Iba en medio de nubes amontonadas y oscuras que la rodeaban como en un cortejo, girando, propagándose por doquier, en una espe-

cie de celada celestial. Pasé mucho tiempo asomado a estos cristales para conocer el desenlace de la batalla entre la luna y las nubes sediciosas. La luna supo sortear los embates con una serenidad admirable, para terminar enseñoreándose radiante sobre una pequeña colina, un discreto promontorio que adquirió enseguida ante mis ojos el aire de un altar de sacrificio de alguna comunidad secreta.

Es este un comienzo para soñadores, lo sé. Pero contaba con la luna para estas noches; contaba con su luz para orientarme en la bruma que a veces me envuelve. Contaba con el río, con su proximidad, su viento desapacible. Anoche, cuando vi a la luna deslizarse en el cielo supe que iba a seguir con mi propósito.

Pero hoy la luna no está. Y la noche es negra como debe de ser el cielo de los ciegos.

Aquella noche despertamos sobrios con el sol
y ya había desaparecido el río.

incrédulos recordamos los presagios
trémulos mirando el cauce
basura, piedra y fango lo colmaban;
recogimos los anzuelos, la red y las carnazas
del cielo súbitas sombras nos cercaron.

todo el día estuvimos en silencio
junto a los cántaros; en el bosque.

en la tarde meditamos juntos:
“ahora las muchachas caminan libres
donde antes se arrastraba el río”.

de noche el silencio era más duro.

después todos volvimos a la orilla
caminando con un pie en el sueño.

sordos y obstinados, enmudecidos
junto al fango imaginábamos ardides
para la pesca y el festín del día.

arriba el sol viajaba lento
y en el larguísimo crepúsculo
a la esperada hora de sacar la red
invariablemente cundía el zumbido
un gustoso rumor alborozado.

saltábamos estregándonos las manos.

pero el eco llegaba de muy lejos
las redes estaban mustias
colgando de las vigas
o amontonadas en el suelo:
un ruinoso laberinto sacudido por el aire
anzuelos y sedales atacados por la herrumbre
las carnazas comidas por los pájaros.

así vivíamos, cuidando el lecho
sin descanso preparando almácigas.
el río aún nos invitaba con su limo.